

La corrupción es nuestro SIDA

Alfredo Acle Tomasini©

A golpe de tragedias, los mexicanos parecemos abandonar la modorra en la que estamos atrapados, y que nos ha hecho asumir al horror como parte de la normalidad de nuestras vidas y reducir nuestra capacidad de asombro a tal grado, que cada vez requerimos de episodios más crueles y violentos para sentirnos conmovidos. Así, crímenes como los de: Fernando Martí, la familia Campos, Paola Gallo, Hugo Wallace, y de la doctora Gutiérrez de Velasco son, entre muchos, hitos en la historia de una sociedad que lejos de progresar decae.

Se agolpan los sentimientos; indignación, frustración, rabia y la percepción generalizada entre la ciudadanía de que el aparato institucional, cualquiera sea el poder constitucional, el orden de gobierno y el signo del partido que lo encabece, no está funcionando a la altura de sus expectativas.

Y por ello los ciudadanos se sienten indefensos, porque saben que el enemigo está dentro de casa, y aunque éste no los haya atacado a todos, ya les robo a la mayoría el derecho fundamental a sentirse seguros en el suelo donde nacieron, quieren vivir, desarrollarse y criar a sus hijos. Que patético resulta recordar a los diputados que en la toma de la tribuna de marzo pasado gritaban rabiosos: “la patria no se vende”. ¿Se habrán enterado de que una parte de ésta la compra a diario el crimen organizado? ¿Entenderán lo que esto implica para el Estado Mexicano en el presente y futuro cercano?

De la enfermedad de ese Estado son los cuerpos policíacos la evidencia más clara, por ello tan pronto aflora a la luz pública la última tragedia, se repite el menú de siempre: nuevas policías, reestructuraciones, depuraciones, iniciativas legislativas, planes con acciones y ocurrencias, como los “vigilantes ciudadanos”. Estará enterado el Jefe de Gobierno de todo lo que hacen los ciudadanos para protegerse, y lo que les cuesta. O que les pregunte, si desean que sus nombres estén registrados en una corporación policiaca, adonde tendrían que llamar para denunciar ¿a quiénes?

Desconfiamos de estas medidas; no porque algunas carezcan de mérito o pertinencia, sino porque surgen a bote pronto. Reaccionamos, no planeamos, y menos aún hacemos un esfuerzo por entender cómo hemos llegado hasta aquí, para estar en posibilidad de saber dónde nos equivocamos, así como la extensión y el origen del mal que nos carcome. Lo malo no es cometer un error, sino evadir la responsabilidad de reflexionar sobre él para evitar repetirlo.

Sería más sensato que se propusiera un lapso máximo para elaborar un diagnóstico, y sobre éste plantear las soluciones que atiendan las causas raíz, lo que probablemente implicaría enfoques inéditos.

Imposible, responderían algunos; la sociedad demanda respuestas inmediatas. Pero está escéptica; la repetición de los recetarios y la carencia de resultados no abonan para convencerla. En tanto, se harta de que se usen a las víctimas de la delincuencia en debates tan estériles como pueriles. Poco importa si se hablan los políticos o quién hizo la primera propuesta cuando se trata de resolver un problema que ya rebasó a todos.

Sin afán de exagerar, hace tiempo que la corrupción ha venido ganando terreno. Así, ésta aparece como el denominador común de hechos que no tienen relación entre sí; lo mismo explica un secuestro, que la liberación de un criminal; como la compra de un examen, la obtención de una licencia de construcción, el gesto de un cajero para alertar al atracador; o la contratación de personal para robarle al competidor su propiedad intelectual y sus clientes.

No queremos ver que el avance de la corrupción ha tenido un efecto en el país similar al que tiene el SIDA en el cuerpo humano; nos ha hecho vulnerables y crecientemente frágiles para combatir a las enfermedades sociales tanto en el ámbito público como en el privado.

Éstas penetran el tejido social con enorme facilidad, y pervierten a los antidotos que supuestamente las detendrían; los cuerpos encargados de combatir el secuestro se vuelven secuestradores; los que deben detener el tráfico de drogas se convierten en narcotraficantes, los que fueron creados para evitar el tráfico de personas medran con la miseria del emigrante; los que están para proteger a la industria y los empleos de los mexicanos solapan al contrabando que los destruye.

Conscientes de la grave enfermedad que nos aqueja, debemos tomarnos el tiempo para entender antes que actuar: es fácil decir ¡ya basta! Lo difícil está en asegurar que sea el punto final.